



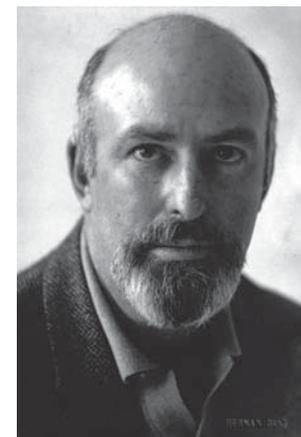
- 1 El quehacer de Rafael Obregón.
Una visión personal
- 2 Arquitectura residencial Obregón & Valenzuela.
Casa William Villa Uribe (demolida)
- 3 Torre-plataforma entre medianeras.
Banco del comercio, Bogotá, 1957-1958
- 4 El mundo nautico de Obregón & Valenzuela.
Arquitectura naval & naval arquitectura

El quehacer de Rafael Obregón G. Una visión personal

Rafael Obregón H.
Arquitecto y urbanista

El registro de la obra realizada por Obregón y Valenzuela, queda más claro si se estudia la personalidad de cada uno de los socios fundadores. También es útil anotar que el diseñar a 4 o 6 manos no es igual que hacerlo de forma individual. Curiosamente algunos estudiosos han menospreciado esa diferencia, al comparar la obra de Fernando Martínez o de Guillermo Bermúdez con la de Obregón y Valenzuela. Mientras para los dos primeros el quehacer profesional se tradujo en “escuela”, marcándose una identidad propia, Obregón Valenzuela evolucionó hasta convertirse en uno de los primeros “Talleres de Diseño” del país¹.

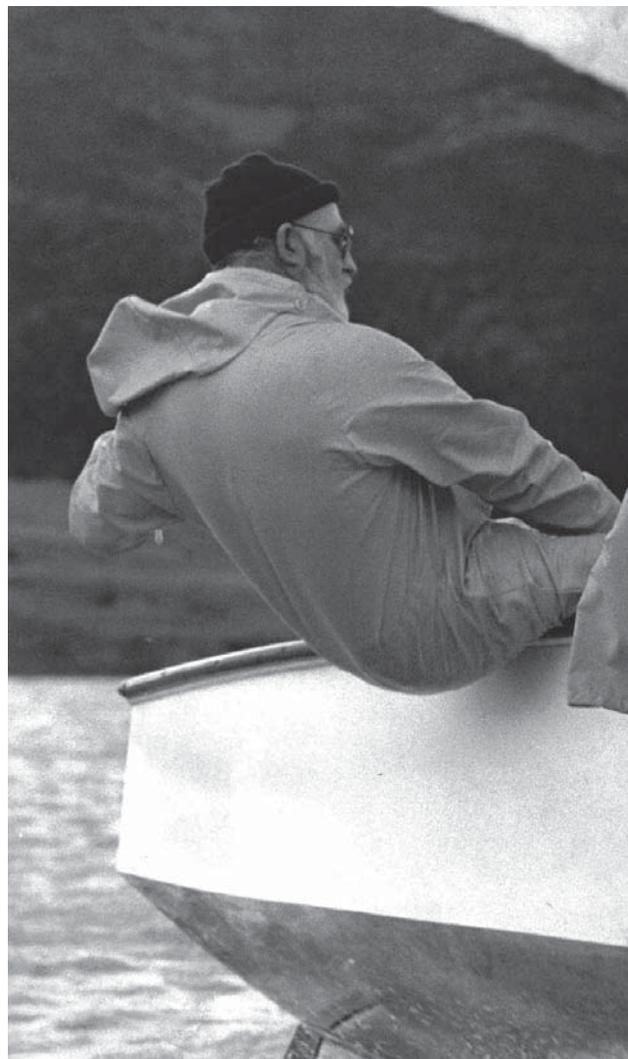
Volviendo al tema de los fundadores, la sociedad se conformó entre José María y Rafael Obregón, primos entre sí, y Pablo Valenzuela. Los tres estudiaron arquitectura al mismo tiempo en la Catholic University de Washington, a comienzos de los años 40. Cada uno de ellos con personalidad bien marcada: Pablo provenía de una familia rica de hacendados sabaneros y era el clásico club-man, sociable, simpático, jugador de polo, etc. Su capacidad para las relaciones públicas lo llevó a gerenciar la firma en sus comienzos, pero murió muy joven. Por su parte, José María pertenecía a una de las ramas colombianas de los Obregón. Se educó con sus cuatro hermanas dentro del ambiente que era propio de las familias bogotanas acomodadas. Era un hombre apacible, con la sensibilidad que tienen los acuarelistas y la paciencia de los pescadores de caña. Rafael por el contrario venía de la rama de los Obregón casados con europeas; por lo tanto mi abuelo fungía como hacendado en España, a veces como diplomático en Londres o Varsovia, o como industrial costeño, manejando la fábrica que tenía la familia en Barranquilla.



Rafael Obregón G.
Fotografía de Hernán Díaz

¹ En el diccionario “escuela” quiere decir: “método, estilo o gusto peculiar de cada maestro para enseñar”. También significa: “doctrina, principios y sistema de un autor”. “Taller” significa “conjunto de colaboradores de un maestro” En arquitectura el primer significado se refiere al producto de un diseñador, quien con el paso del tiempo va depurando su lenguaje hasta llegar a constituir un estilo propio y reconocible. El segundo significado se refiere a un proceso creativo colectivo, el cual puede implicar que obras de la misma naturaleza no necesariamente corresponden a un mismo estilo.

“Tenía una capacidad única para inventar su propia realidad: Una tormenta en el mar para él constituía una lección de vida, para mí era una posibilidad de catástrofe”.



Rafael Obregón G. Fotografías archivo particular de Rafael Obregón H.



“La Tarena”. Fotografía: Germán Tellez. Archivo particular de Rafael Obregón H.

Mi papá era el hijo mayor y se crió como un nómada. En el proceso desarrolló un temperamento abierto, desprevenido, desafiante y desordenado. Fue al mismo tiempo diseñador, navegante, corredor de carros, buceador y esquiador, asumiendo con desparpajo y entusiasmo todo lo que implicara aventura y riesgo.

La visión de un hijo pocas veces es objetiva. Por lo tanto mi narración no está exenta de distorsiones. Yo sólo tuve una hermana, quien heredó la vitalidad de papá. A eso habría que agregarle que no soy aventurero, amo lo predecible, me encanta el frío del altiplano y considero que el mar ha debido ser de agua dulce. Por eso mis relaciones con él a veces se tensionaban. Yo tenía 26 años cuando murió. Únicamente después de dejar decantar las memorias empecé a apreciar sus virtudes, quedando atrás las prevenciones que me producía el desenfado con que manejaba la vida.

Tenía una capacidad única para inventar su propia realidad: Una tormenta en el mar para él constituía una lección de vida, para mí era una posibilidad de catástrofe. Por ejemplo, una vez navegando hacia Panamá, me quedé dormido al timón a media noche. Antes de amanecer subió papá a cubierta, me despertó y me dijo que sentía que las olas le pegaban al casco de manera diferente. Me hizo cambiar el rumbo y al poco tiempo amaneció; íbamos derecho a un arrecife. Lo que nos salvó del naufragio fue su intuición de mariner.

Ese era el lado chévere, pero también tenía otro que yo no entendía. No se preocupaba por ponerle orden a los asuntos mundanos: Nunca sacó seguro de vida, ni siquiera uno para el carro; no le interesaba ahorrar para el futuro, ni presentar declaración de renta. Consideraba esas tareas como actos innecesarios y sumisos. Era un hombre optimista y confiado, que creía lo que decía, así dos días después creyera lo contrario. Una vez, le dio un arrebató socialista y nos llevó a vivir a una aldea de pescadores en Yugoslavia. Al poco tiempo mi mamá y yo nos rebelamos y nos fuimos a un hotel en Dubrovnik. El llegó después y dijo que lo habían llamado de urgencia de la oficina y teníamos que regresar. Tiempo después descubrimos que simplemente se había aburrido con la rutina, sin poder hacer lo que le daba la gana. Nunca más se volvió a tocar el tema de las virtudes del sistema socialista.

“La Tarena”. Fotografía: Germán Tellez. Archivo particular de Rafael Obregón H.

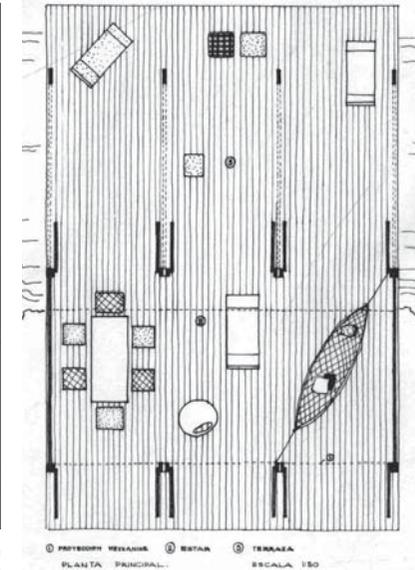
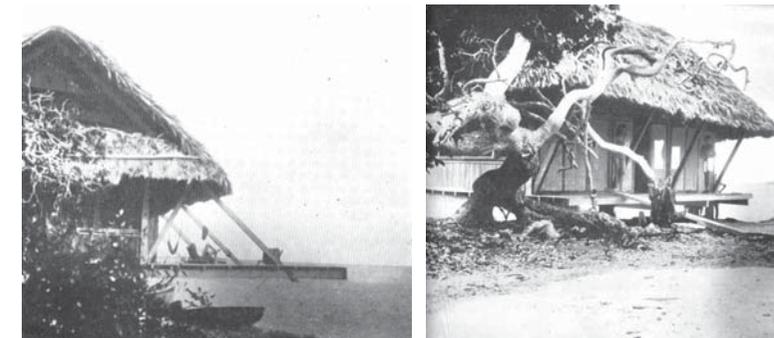
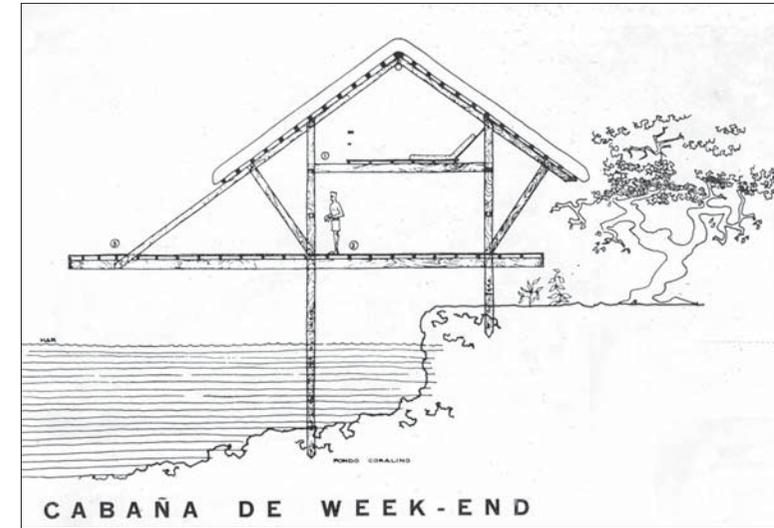
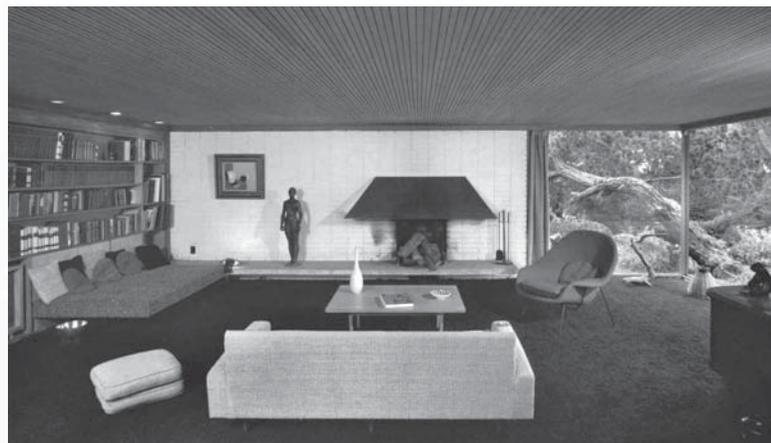


Me imagino que la fuerza de sus diseños proviene de su personalidad renacentista y de su carácter contestatario, que lo llevaba a desafiar las convenciones sociales. Cuando hizo la casa de la Calle 87, consideró que para ahorrar espacio podía entrarse por el garaje y que una familia unida era aquella que compartía todas las actividades conjuntamente. Por eso la sala servía también como comedor y estudio. Eso significó que durante el tiempo que duró diseñando los barcos, que luego construyó en Bocachica, no podíamos hacer ruido porque lo distraíamos. Fuimos por lo tanto una familia unida, aunque a veces algo silenciosa. También resolvió meter visualmente el jardín entre la sala, o la sala entre el jardín, lo cual producía un efecto hipnótico, que incitaba a los invitados a salirse por entre los vidrios.

Su casa de las Islas del Rosario fue otra obra controvertida. Consistía en un voladizo sobre el mar. Mandó hacer la estructura de madera en Bogotá y luego remolcó las piezas por el Río Magdalena hasta las islas. No tenía alcobas, baño, ni cocina, porque eso desdibujaba la limpieza del diseño. Tras muchas discusiones pudimos convencerlo de habilitar un altillo para que las señoras durmieran con algo de privacidad. También accedió finalmente a construir un cobertizo lejano, donde quedaron el baño y la cocina, pues su teoría era que así no maltrataba el entorno natural. Mi percepción es que primaba su fanatismo por el mar, y la casa fue diseñada como si fuera un barco.

Planta Casa Calle 87. Revista Proa III. Agosto 1957. Pg.18.

Casa Calle 87. Archivo particular de Rafael Obregón H



Casa en las Islas del Rosario. Fotografías y planos. Revista Proa III. Agosto 1957. Pg. 12 y 13.

En el campo del diseño no le tenía miedo a inspirarse en ideas tomadas de sus viajes. Para este efecto, aprovechó el concepto de "Taller". Algunas casas denotan la influencia de Richard Neutra, de la arquitectura vernacular griega o japonesa, o de los "barns" gringos. No le afanaba la burla que le hacían sus amigos Bermúdez y Martínez, quienes decían que sus casas de campo parecían rocas cubiertas con sombrero de paja.

Lo mismo aplica a algunos de los edificios de Obregón y Valenzuela, en los cuáles se ve la influencia Corbusiana, de Mies, de Kenzo Tange, o de Saarinen, como son: Bavaria, el Banco Francés e italiano, el Banco de Bogotá y Colpatria, entre otros. Obviamente también los hay de cosecha propia, como es la Torre de Colseguros.



Edificio Bavaria. Fotografía de Juan Rubio.

Banco Francés e Italiano, Bogotá. Fotografía de Juan Rubio.

Banco de Bogotá. Cartagena de Indias. Carlos MARTÍNEZ. "Arquitectura en Colombia". Ediciones Proa. Bogotá. 1963.

Torre Colpatría, Bogotá Fotografía de Juan Rubio.

Torre Colseguros. Revista Proa 205. Noviembre 1969. Pag. 11.

Siempre le envidié la capacidad que tenía de convencerse a sí mismo y de convencer a los demás. Ilustro esto con dos ejemplos finales: Una anécdota sobre la construcción de los barcos que diseñó, y un discurso que dio Rodrigo Botero en el aniversario de Fedesarrollo que explica, entre otras cosas, el origen del programa de renovación urbana del centro de Bogotá.

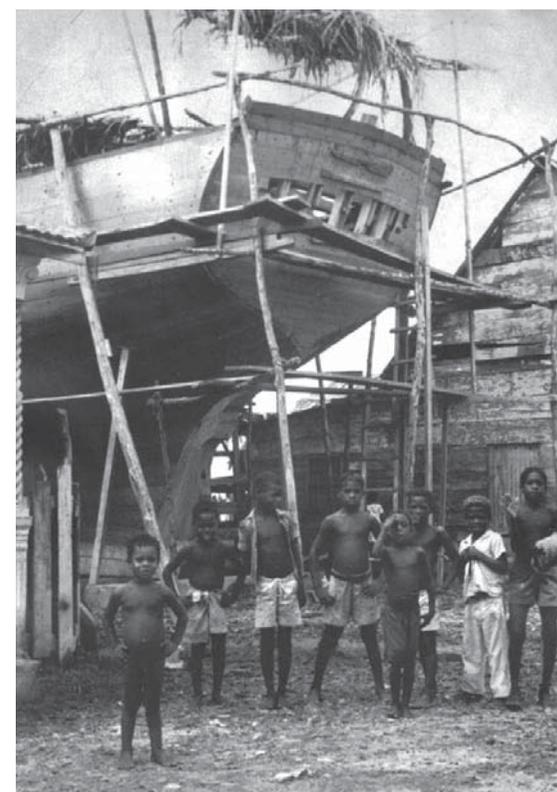
Había construido una canoa en Bocachica a título de yate. Cuando comprobó que navegaba bien, procedió a convencer a su cuñado de construir un galeón mucho más grande, utilizando el mismo grupo de carpinteros artesanos. Esto a pesar que ninguno de ellos había visto uno. A medio camino del proceso mi tío se asustó, porque ya le había metido mucha plata al asunto y Alejandro Obregón sostenía que el barco parecía una catedral de madera puesta patas arriba y que nunca iba a flotar. Entonces me pidió en secreto

que buscáramos la opinión de un ingeniero naval en Estados Unidos. Yo hice mi tarea con sigilo y a vuelta de correo recibí respuesta. Decía que el Gaira, que así se llamó, sería un barco extraordinario aunque un poco lento a motor, pues no se entendía la razón para haber puesto la máquina en la proa. Papá me explicó luego que allí por lo menos servía de mesa de cocina, porque lo único válido era navegar a vela. El gringo me preguntaba también dónde había aprendido él a diseñar y construir barcos. Le respondí que se había basado en un libro de Howard Chapelle titulado Yacht Designing & Planning. Al caer al agua El Gaira, flotó como un cisne y mi tío en medio de la celebración me dijo: "Eso es tenerse mucha fe". No sé si se refería a mi papá o a él mismo.

El siguiente aparte constituye una visión más objetiva del quehacer de Rafael Obregón G., es la transcripción de un trozo del discurso "Invocación a la Modestia" de Rodrigo Botero M, quien fue Ministro de Hacienda en el gobierno de Alfonso López Michelsen.

"Pero lo inesperado tiende a interferir con los esquemas más rigurosos de la racionalidad humana. En este caso, hizo su aparición en la forma de una llamada telefónica de la Primera Dama, Doña Cecilia Caballero de López, para encarecerme la restauración de la Casa de Nariño, la cual iba a ser la nueva sede de la Presidencia de la República. Esa

"El Gaira". Fotografías archivo personal Rafael Obregón H.



era una distracción sin vínculo alguno con las prioridades de la política económica. Además, era un asunto que correspondía a entidades distintas del Ministerio de Hacienda. Pero mi experiencia gubernamental anterior me había enseñado que, a pesar de no tener un cargo formal en la organización estatal, las sugerencias de la Primera Dama deben ser interpretadas como órdenes. Por lo tanto, en vez de señalar que esa labor le correspondía al Ministerio de Obras Públicas, le ofrecí ocuparme del asunto, luego de obtener la información pertinente.

Para formarme una idea de la magnitud del problema, invité a un arquitecto amigo a recorrer la obra a la hora de almuerzo, solicitándole que me diera un estimativo del costo que tendría concluirla. Rafael Obregón era un personaje fuera de serie, un hombre del Renacimiento: artista, navegante, constructor de barcos, ecologista, además de arquitecto y urbanista. Nos habíamos hecho amigos navegando a vela en La Tarena y haciendo pesca submarina en las Islas del Rosario. Por las noches, mientras saboreaba un extraño cóctel de agua de coco con Ron Blanco, Rafael me explicaba sus ideas sobre ecología y urbanismo, que eran geniales y sus teorías políticas, que eran una versión aristocrática del anarquismo. Cuestionaba la utilidad del gobierno en general y la del gobierno colombiano en particular.

Yo toleraba de buena gana sus chanzas a mis expensas y disfrutaba sus ideas para proteger los arrecifes coralinos, para convertir a Cartagena en una Venecia caribeña y sus diatribas contra los rascacielos y los automóviles en el centro de la ciudad. Sus planteamientos urbanísticos resonaban con una de mis fantasías, originada en la transformación de París hecha por el Barón de Hausmann durante el Segundo Imperio. Al recorrer la Casa de Nariño, encontramos un panorama desolador; no sólo porque el edificio estaba en ruinas, sino por el vecindario. Por el costado norte había una hectárea de asfalto que servía de estacionamiento a los vehículos de los congresistas. Las cuadras circundantes se habían convertido en el tugurio urbano que caracteriza al centro histórico de numerosas capitales latinoamericanas. El veredicto de Rafael fue tajante: Lo que se requería no era la restauración de un edificio, sino el tratamiento integral del sector. Su sentido estético lo llevaba a concluir que, si era inevitable la existencia del gobierno como mal menor, éste por lo menos debía tener una sede decorosa. Le solicité que elaborara un esquema de lo que tenía en mente y de su costo aproximado.

Lo que me propuso pocas semanas después era nada menos que transformar el centro histórico de la ciudad alrededor de un eje cívico que integrarían la Casa de Nariño, el Capitolio Nacional y el Palacio de Justicia, con el Ministerio de Hacienda en una discreta retaguardia. Ello implicaba darle un giro de 90 grados al diseño de la sede presidencial para abrirle una entrada ceremonial por la calle novena, construir parqueaderos subterráneos para los automóviles de los congresistas, suprimir unas vías y peatonalizar otras. El proyecto contemplaba trasladar monumentos, desviar el tráfico, adecuar plazoletas y jardines, además



Programa de Renovación Urbana - Centro de Bogotá. Carlos Sanz de Santamaría. "Bogotá. Estructura y principales servicios públicos". Cámara de Comercio de Bogotá. 1978. Pg. 234. Perspectivas: Edgar Bueno.

de demoler unas quince manzanas que conformarían un programa de vivienda para empleados públicos. El programa de vivienda ayudaría a financiar las obras requeridas. También se dotaría de una nueva sede al Batallón Guardia Presidencial. Las nuevas edificaciones serían de baja altura, para darle al conjunto un severo estilo de austeridad republicana.

El proyecto era audaz, elegante y funcional. Destacaba la interrelación de los tres poderes y contribuía a fortalecer el concepto de la dignidad del Estado. Su costo total era razonable. Estaba dentro de la órbita de lo que el Ministerio de Hacienda podía manejar sin acudir a heterodoxias financieras o malabarismos presupuestales. Era recomendable a todas luces.

Establecí con Rafael una división de responsabilidades por medio de la cual me limitaría a movilizar los recursos financieros requeridos. Él se encargaría de dirigir el proyecto, de hacer todos los trámites y de obtener los permisos pertinentes de las distintas entidades distritales y nacionales afectadas. El proyecto se ejecutó con una eficiencia y una celeridad poco usuales dentro de la tradición administrativa colombiana. Lo cual es un indicio de que, habida cuenta de su talante irreverente, Rafael Obregón, actuando como delegado del Ministro de Hacienda, transformó el centro cívico de Bogotá, la obra maestra de su brillante carrera profesional, con máximo esmero urbanístico, pero con mínima atención a las formalidades burocráticas. Y era tal su carisma personal, que a nadie se le ocurrió preguntarle que desde cuándo ejercía funciones urbanísticas el Ministerio de Hacienda".

Bogotá, 25 de febrero de 2008

Todas las imágenes de este artículo, fueron tomadas del archivo personal de Rafael Obregón y son publicadas con la autorización del autor del artículo.